



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

El Verdadero Retrato de Monteagudo

Por el Académico de Número Dr. Carlos Páez de la Torre (h)*

Las cuestiones de iconografía histórica no son menores y, por lo tanto, conviene esclarecerlas en lo posible. Para esta ocasión, escogí el caso del rostro de Bernardo de Monteagudo que me parece especialmente interesante.

En 1880, cuando el historiador argentino Mariano Pelliza terminó de redactar los dos tomos del libro *Monteagudo, su vida y sus escritos*, se le presentó el problema de que carecía de un retrato del prócer tucumano, y que no tenía idea de que existiera alguno. El general Gerónimo Espejo, veterano del Ejército de los Andes, vino en su auxilio y le aseguró que Monteagudo era parecido al doctor Bernardo Vera y Pintado, juriconsulto y literato argentino de larga actuación en Chile.

En su libro *Monteagudo, el pasionario de la libertad* (1943), el doctor Estratón J. Lizondo, historiador tucumano, cuenta que existía un retrato de época de Vera y Pintado, obra de Desmadryl, publicado en 1854 en la Galería nacional o colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile. Pelliza acudió al dibujante Henri Stein, director del semanario satírico *El Mosquito*, y le pidió que "adaptara" esa imagen para lograr un rostro de Monteagudo, continuó relatando el disertante. Al observar la imagen, resulta evidente que Stein nose tomó demasiado trabajo en lograr un parecido.



Bernardo Vera y Pintado. Su retrato, dado la versión de que era parecido, llevó a inventar un rostro de Monteagudo.

Vera y Pintado era albino, de manera que reemplazó el pelo blanco por pelo negro, lo hizo un poco más abundante, conservando el flequillo y las mechitas de las sienas peinadas hacia delante, a la moda de la época. Los ojos claros –y famosamente

miopes- de Vera y Pintado, se reemplazaron por fulgurantes ojos negros tucumanos, aunque dejó la boca prácticamente igual. En cuanto a la vestimenta, mantuvo el cuello alto y la gran corbata blanca con dos vueltas de Vera y Pintado, pero abrió la chaqueta cerrada para que apareciera un chaleco. Además, decoró el cuello con entorchados, indicadores del rango ministerial. Y le agregó el brazo derecho, también con entorchados, sobre la manga que mostraba el puño de encaje de la camisa, más una pluma en la mano. Además, le colocó sobre el pecho la gran condecoración de la Orden del Sol.



Monteagudo, por Henri Stein. La imagen elaborada por el dibujante sobre la de Vera y Pintado, se divulgó extraordinariamente a pesa de ser apócrifa.

Como la imagen apócrifa de Monteagudo que Stein había creado, llenaba el vacío existente en la iconografía argentina y americana, tuvo gran difusión y se reprodujo incesantemente desde entonces. Así fue que inundó los textos escolares y los artículos de diarios y revistas, y la utilizaron historiadores como Ricardo Levene y Ricardo Rojas –quien desconocía su grado de autenticidad-. Inclusive, el gobierno de Bolivia la reprodujo en estampillas postales emitidas en 1897.

De nada valdría, como lo consigna Lizondo, que Mariano Billinghurst, quien levantó en Lima el cadáver de Monteagudo asesinado, dijera rotundamente, al ver el dibujo de Stein, que "en nada se parecía al hombre que él había conocido". O que, en 1896, el historiador Gabriel René Moreno empezara a insistir en la denuncia del fraude, sin que Pelliza le



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

replicase. Correspondió al doctor Lizondo, en su citada biografía de 1943, editada en la imprenta La Raza, de Tucumán, dar a conocer por primera vez, el rostro auténtico de Monteagudo.

Fue él quien encontró, en la casa de su pariente, el destacado historiador doctor Manuel Lizondo Borda, miembro correspondiente de nuestra Academia, un retrato del prócer absolutamente desconocido hasta entonces.

Las referencias de Lizondo Borda, expresan que el mismo había sido confeccionado en Panamá por un "artista de renombre" –a quien no identifica– en agosto de 1822, con el modelo al frente. Posteriormente fue llevado a Lima, donde el pintor Noroña lo copió –y lo firmó y fechó por la copia– en 1876. Esta copia pasó por varias manos, hasta que la adquirió un militar peruano, el coronel Bernaldes, quien se la obsequió al doctor Lizondo Borda, en 1926. Finalmente, Lizondo hizo tomar una foto del cuadro y la publicó en su libro.



Auténtico Retrato. Bernardo Monteagudo, pintado tal cual era.

El prócer tiene un rostro moreno, característico de muchos hombres del norte. Se apoya en un mueble, ataviado de frac con chaleco negro y ancho moño, también negro, por sobre el cual asoman las puntas del cuello de la camisa. Esta es de pechera, con botón de oro y cruzada por una banda de dos franjas rojas y una blanca al centro. Sobre el pecho, luce dos hileras con siete medallas en total. Según Lizondo, son 'las condecoraciones guerreras de Carabobo, Cartagena y Bomboná, obsequiadas por las autoridades de Panamá'. Cubre su mano izquierda un guante blanco con encaje en el borde y aferra el correspondiente a la derecha.

Esta, con un grueso anillo de oro, se cierra sobre el borde de la solapa. Al cuello lleva una cadena con medalla: según Lizondo, contiene un retrato de hombre que, conjetura, puede ser de Bolívar o de su padre. Del bolsillo del chaleco pende la cadena del reloj. En la parte inferior derecha del óleo, se lee: Reproducido por V. S. Noroña. Lima en 1876. Señalaba Lizondo que el óleo, de 58 x 81 centímetros, se hallaba algo deteriorado, con parte del color desvaído y manchado por los sucesivos traslados.

El fotograbado que publicó Estratón J. Lizondo en su libro, tenía las inevitables deficiencias de los clichés de 1943 y de la impresión en blanco y negro de entonces pero, de todos modos, sacaba a la luz una efigie cuyo estilo revelaba contemporaneidad con el retratado y era, por cierto, muy diferente a la imagen inventada en 1880. Incluso, ese retrato sirvió de base para la excelente estatua en bronce de Monteagudo que se levanta al centro de la plaza de la ciudad de Sucre.

Sin embargo, atento a que los libros editados en provincia carecen de distribución y de propaganda, con escaso impacto en el gran público, el rostro apócrifo de Monteagudo se siguió publicando.

Lizondo –que era miembro de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán– publicó en 1997, un año antes de su fallecimiento, un artículo en el Suplemento Literario del diario La Gaceta titulado *Cuál es el verdadero retrato de Bernardo Monteagudo*, en el cual reiteraba sus argumentos de 1943 y volvía a mostrar el retrato. En esa época, la efigie ya no se encontraba en Tucumán. Habían fallecido tanto el doctor Lizondo Borda como su esposa y su único hijo, Manuel, se había llevado el óleo a los Estados Unidos, donde residía.

La toma en colores permite apreciar con nitidez el verdadero rostro del tucumano nacido hacia 1789 y asesinado en 1825 en Lima, luego de una brillante carrera de patriota revolucionario, valorada, como bien se sabe, por San Martín y por Bolívar.

Existen otros ejemplos de rostros que fueron inventados deliberadamente al no conocerse los auténticos. Tal es el caso de Bernabé Aráoz, pintado al pastel por Honorio Mossi, en 1926, sin fundamento alguno; el del congresal Pedro Miguel Aráoz, igualmente ideado de la nada, en 1944, por Lina Labourdette de Villarrubia Norry; y el de aquella imagen oficial del general Martín Guemes, con barba negra y uniforme con alamares, surgida de un invento del pintor Eduardo Schiaffino, ya que no existió una imagen de época del célebre caudillo que le sirviera de base.

Sería interesante que se generalizara la costumbre de difundir únicamente retratos auténticos de nuestras figuras del pasado y la de no publicar los que carezcan de ese requisito elemental.

**Palabras pronunciadas en la sesión privada de la Academia, del 10 de Abril de 2012.*